



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 10. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Marzo 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:	
Un año...	30,00 ptas.	Un año...	18,00 ptas.	Un año...	18,00 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses...	15,50 *	Seis meses...	9,50 *	Seis meses...	7,00 *	Provincias: Tres meses, 5,00 id.	Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses...	8,00 *	Tres meses...	5,00 *	Tres meses...	3,50 *		
Un mes...	3,00 *	Un mes...	2,00 *	Un mes...	1,25 *		

SUMARIO.

La cruz del bosque, por Ángela Grassi.— En globo de París á Noruega, por Ricardo Villaseñor.— Bibliografía, por el Dr. Lopez de la Vega.— Desventuras matrimoniales, por Luis Vidart.— San Petersburgo.— El Paje, por José Sanchez Biedma.— Visiones de la noche, poesía, por Isabel de Villamartin.— El antifaz de terciopelo, por E. Feijóo y de Mendoza.— Explicación del figurin.— Variedades: Los osos.— Charadas.

GRABADOS.— La cruz del bosque.— El Paje.— Vista de París.— Vista de San Petersburgo.— Los osos.— Rodaja para sacar patrones.

LA CRUZ DEL BOSQUE.

¡Tiernas y candorosas leyendas de los antiguos tiempos, cuán gratas sois al alma! Sois como las humildes violetas de los campos, que perfuman el ambiente; sois como el rayo de sol primaveral que todo lo fecunda y lo embellece!

Cuando yo era niña, sentada en el amoroso regazo de mi madre, cruzadas las manos sobre el pecho, fijos mis ojos en sus ojos, recogí de sus labios esta sencilla leyenda:

«Primitiva contaba apenas cinco años; era hija de un leñador, que tenía á su cargo la guarda de un bosque; bosque secular que se alza todavía en la cima de los Alpes. Primitiva no era bella; corría descalza sobre las piedras del camino, entregando al viento su rubia melena destrenzada; pero era creyente y pura, y tenía suma devoción á la cruz bendita, símbolo del Salvador Divino. Sentada sobre un ribazo, mientras guardaba sus cabritas, tejía guirnalda de silvestres flores para engalanar la cruz de madera que velaba sus sueños infantiles.

Con las ramas de los árboles formaba toscas cruces, que iba plantando en todos los ángulos del camino, marcando así cada uno de sus pasos.

Un día la desgracia tendió sobre ella sus negras alas. Una enfermedad contagiosa, que asolaba los vecinos pueblos, la arrebató instantáneamente á sus padres. Por la noche, cansada de gemir, se recostó sobre una piedra, en la mitad del bosque, y se durmió para ir á despertar entre los ángeles.

Al día siguiente, cuando los aldeanos atravesaron el



LA CRUZ DEL BOSQUE.

bosque, vieron que al lado de su insepulto cadáver se alzaba una enhiesta cruz, á cuyo pié descollaban multitud de flores de una belleza desconocida. ¿Quién había plantado allí la enseña del cristiano? ¿Quién había fecundado en una sola noche aquellas flores de tan peregrina hermosura?

Los sencillos aldeanos creyeron que habían sido los ángeles, hermanos de Primitiva, y dando sepultura en aquel sitio á su cuerpo, murmuraron la palabra milagro, que se fué repitiendo de boca en boca, que se fué

perpetuando de siglo en siglo. Desde entonces no hay un niño que atraviese el bosque, que no suspenda ramos y guirnalda de flores de la cruz bendita; no hay madre que no confíe á la milagrosa cruz la salud y la ventura de sus hijos. «Piadosas creencias de otros tiempos, puros manantiales de donde brotaba el néctar del consuelo y la esperanza! ¿Quién os ha cegado ahora que no hallamos ni una sola gota para refrescar nuestros labios?»

«Solitaria cruz del bosque, que estás hace tantos siglos con los brazos abiertos brindando amparo á los que sufren, cuántos peregrinos, fatigados de la vida, se habrán sentado á tu sombra, cuántos habrán depositado á tus piés la pesada carga de sus penas!

Adorad la Cruz, hermanas mías. La cruz que el sacerdote traza sobre nuestra frente al nacer, nos acompaña durante nuestra peregrinación sobre la tierra, para cobijarnos despues en la desamparada sepultura. Se acerca el tiempo, aniversario de aquel en que se cumplieron las sagradas profecías en que Jesucristo, al espirar sobre el Arbol Santo, dió al mundo su ley de paz, de amor y de perdon; ¡adorable ley que convertía en hijos de Dios á sus verdugos! Procurad imitarle, hermanas mías, ya que á vosotras dejó confiada su obra misericordiosa en la santa persona de su Madre. Abrazaos á la Cruz, las que carecéis de bienes terrenales, las que sentís el corazón atribulado

ANGELA GRASSI.

EN GLOBO DE PARIS Á NORUEGA.

(Traducción del Monde Illustré).

(Continuación.)

En efecto, la barquilla, combatida por las olas al elevarse majestuosamente en el espacio, recibía sacudidas tan violentas, que por momentos iba graduándose la inclinación del aerostático, hasta que por último llegó éste á volcarse. Entonces M. Rolier corta uno de los sacos de mayor peso, y descargándose de unos 125 kilos hace elevarse al globo con tal rapidez, que á los diez minutos marcaba el barómetro de 4.000 á 5.000 metros de altura. Entre tanto, la tripulación del buque que los aeronautas habían apercibido, vieron el saco de desechos, y aproximándose lo recogió, enviándolo después al Gobierno francés por medio de M. Gierzeut, agente consular de Francia en Maudal. La falta de lastre les ponía en grave peligro de que estallara el aerostático por la dilatación súbita del gas, encontrándose en tan crítica situación en medio de las altas regiones de la atmósfera. M. Rolier, comprendiendo el peligro, trepa al apéndice para abrirlo y dar pronta salida al gas, y en efecto, en diez minutos llegaron á elevarse á una altura de 5.200 metros, que traspasaron más á causa del intenso frío que hacía en aquellas regiones. Manteniéndose en ellas continúa el globo su rápida marcha, y abandonando la primera dirección se inclina sensiblemente al Este, viéndose envuelto repentinamente de nieblas de tal densidad, que á 50 centímetros de distancia apenas distinguían nada, llegando á perder de vista hasta el mismo globo.

Los pobres pichones temblorosos de frío se acurrucaban unos sobre otros, como si trataran de evitar la muerte que por momentos les amenazaba. Las horas se sucedían lentamente en tan angustiosa situación, y ésta lejos de mejorar la hacía cada vez más crítica el escape continuo del gas, no obstante la baja siempre creciente de la atmósfera. M. Rolier á pesar del entumecimiento de sus miembros, haciendo un gran esfuerzo vuelve á subir al apéndice, agarra la parte floja del globo, la refuerza para impedir la salida del gas, que cada vez iba siendo más precioso, y estudiando la presión por la tensión de la tela, la oprime alternativamente más ó menos durante una hora que estuvo en tan peligrosa posición, hasta que fatigado y con las manos ensangrentadas, efecto de la tirantez de las cuerdas, se decidió á bajar.

El frío era tan intenso, que impregnados los trajes por la humedad estaban helados, los viajeros se quitaban la escarcha del rostro, como pudieran hacerlo de un cristal después de la más cruda noche de invierno, y estando M. Rolier sacudiéndose el traje, inadvertidamente vació el ácido contenido en las pilas del aparato eléctrico, quemándose las manos y la ropa.

De nuevo el aerostático desciende, y un ruido extraño é incomprensible se deja sentir; pero como se creían en las comarcas boreales, lo atribuyeron al torbellino de Mailstrom que está al Norte de la Noruega: la niebla disipándose algunos instantes les permitió ver grandes manchas grises semejantes á bancos de arena; pero enseguida el ruido llegó á ser intensísimo, cesando repentinamente, elevándose después un olor á azufre tan pronunciado, que agarrándoseles á la garganta temieron por algunos instantes no poderlo soportar, sintiéndose casi asfixiados (1). De pronto, y por espacio de algunos minutos, un espectáculo magnífico se presentó ante su cansada vista; el poco espesor de las nubes que se encontraban encima del globo, permitía á algunos rayos del sol llegar hasta ellos cambiando de repente las gotas de agua helada en otros tantos brillantes centellantes que hacían aparecer al globo rodeado de una mágica aureola.

De este modo y cubierto de hielo empieza á descender pausadamente, dando siniestros estallidos, llegando á adquirir tal tirantez su tela, que M. Rolier teme verla estallar, haciéndole prever el fin trágico de su viaje. En tal estado M. Leon Dezier le señala algunas ondu-

laciones que empieza á hacer el globo; pero la niebla, que ha vuelto á extender su fatídica sombra, no les permite ver la causa de estas ondulaciones. Una corriente de aire inferior ó una nube más espesa que la parte inferior del globo les ocultaba quizás el mar, cuyo imponente ruido venía resonando hacía tiempo en sus oídos. La ávida atención que prestaban se vió mucho tiempo defraudada. Un punto negro se mostró bien pronto á sus ojos. Sería una decepción más?... En menos tiempo que se dice, M. Rolier cogió la cuerda de la válvula é hizo preparar á M. Dezier un saco de lastre para estar dispuestos á cualquier evento. Sin embargo, la mancha negra, presentándose cada vez más pronunciada, llegó á ser verde, concluyendo por aparecer algunas ramas; era la tierra, la tan anhelada y suspirada tierra!!

Lo que pasó por ellos en aquel instante es imposible de describir, y basta recordar que hacía ocho horas que aguardaban continuamente la muerte.

—«Desatad el áncora y lanzadla!» gritó M. Rolier á su compañero, mientras que abría completamente la válvula. «Vamos á saltar, repitió; atención á la señal convenida.»

Flop.... El globo toca por fin el suelo, y la barquilla se hunde entre la nieve. El aeronauta salta y desaparece, pero M. Dezier, herido en la mano derecha al tratar de desatar las cuerdas del áncora, cae al choque que hizo la barquilla al dar en tierra, y queda abrazado á una de las cuerdas; el globo en esto empieza á remontarse y le arrastra por las piernas. M. Rolier ya de pie ve el peligro, y asíóse fuertemente á un saco de desechos; pero no pudo más que contener algo la ascensión del globo, que cual caballo desbocado parecía furioso de haber sido detenido breves instantes en su marcha incierta pero decidida.

Los estallidos que dejaba sentir se asemejaban á los más feroces bramidos, y cuando el aeronauta calculaba si podría ganar otra vez la barquilla, vió á M. Dezier que había podido desatarse y saltar á tierra, y antes de abandonar el saco á su destino hizo un esfuerzo sobrehumano para tratar de sujetar el globo; pero siéndole imposible, viéronle con el corazón traspasado por el más acerbo dolor remontarse velozmente, llevando consigo todo cuanto poseían, incluso los pobres pichones, y quedándose por lo tanto en una posición tan crítica como las anteriores.

Esto sucedía el viernes 25 de Noviembre de 1870, á las dos y media de la tarde.

RICARDO DE VILLASEÑOR.

(Se continuará.)

Sra. D.^a Angela Grassi:

Mi distinguida y respetable amiga:

Doy á V. las más expresivas gracias por el tomo que se ha dignado enviarme, de sus bellísimas Poesías.

Permítame, por lo tanto, que el juicio crítico que han merecido á mi humilde inteligencia, se publique en EL CORREO DE LA MODA, que tanto debe á su bien cortada pluma; y no se ofenda de ello su modestia, pues deseando yo dar á V. una prueba de mi distinguido aprecio, y al público que me conoce, una idea de su precioso libro, ningún periódico más á propósito que el en que V. tan activamente redacta, y que es, digámoslo así, la expresión más genuina de sus aspiraciones y tendencias, tan apreciadas de las familias y de los amantes de la bella literatura.

Con este motivo tiene la honra de repetirse de V. respetuoso amigo y admirador,

Q. S. P. B.,

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

Madrid 13 de Noviembre de 1872.

BIBLIOGRAFIA.

POESÍAS DE ÁNGELA GRASSI.

Necesitaríamos contar con la elegancia de Tito Livio, con la severidad de Tácito, con la profundidad de Bossuet y el candor explícito de Plutarco, para poder analizar con exactitud las Poesías de la inspirada poetisa Angela Grassi, cuya colección constituye un bellissimo

ramillete de amena y consoladora literatura. El nombre de esta apreciable escritora es bien conocido ya en la república de las letras, y nada podríamos nosotros añadir á los elogios que competentes críticos han hecho de su talento, más que un somero pero imparcial juicio de las escogidas composiciones que se hallan en este libro, emulando todas unas con otras en correcto lenguaje, sana filosofía y dulzura arrobadora.

Compónenle las siguientes, en variedad de metros, perfectamente ajustadas á la forma lírica más acabada, sin que el crítico pueda hallar en ellas el menor lunar.

La Oración de la mañana, Oración de la noche, La Plegaria, Recuerdos de la patria, El alba, El delirio, A una rosa marchita, La Creación, La realidad y la ilusión, El Tibidabo, A un poeta, Meditación, La joven ciega, En la muerte de D. Pablo Pírferrer, La violeta, A la misma, La Caridad, A Italia, Sin esperanza, La gloria terrestre, Himno al Criador, En la muerte de un poeta, A Venecia, En la muerte de una joven, El templo, Una flor sobre el sepulcro de una joven, A los espíritus fuertes, A Pompeya, A mi amiga Doña Matilde Bajo, A Jesús crucificado, Confianza en Dios, La muerte vencida por Jesucristo, La amapola, La violeta y la niña, La felicidad, La tempestad, La azucena, A Barcelona, Las almas compañeras, Recuerdos de Balaín, El acueducto de Segovia, Felicidad de amar, El adiós, A la Srta. Doña Ramona Lisboa, Consejos de una madre á su hija, La misión del hombre, El amor y la amistad, El aniversario, A una niña, A Dios, El poeta y la niña, Al Excmo. Sr. Conde de Priegue, A la Srta. Doña Luisa Ayllon, Apólogo, La Caridad y la Fé, La despedida, Noches de invierno, A una madre en la muerte de su hijo, El triunfo de la Cruz, Invocación, España en el siglo XVI, La confesión de una niña, La Fé, En la muerte de la duquesa de Sevilla, A Cristo, A Cristobalina Alarcón, A Balmes, El primero de Enero, El pastorcillo, La hojita verde, La cruz de siemprevivas, El invierno de la vida.

Al tomar en la mano este precioso libro, ojeale el curioso con avidez y precipitación, impulsado por el agradable efecto que la magia de cada uno de sus versos produce en su alma; magia que sólo tienen las producciones elevadas de los poetas cristianos, cuya inspiración se modela dócil en la turquesa del más acendrado sentimentalismo.

Encuétrase en este delicioso vergel de suave estro, un verdadero festín del espíritu, donde el árbol, la flor, el río, la cascada, la ribera, cielos y palacios de zafir, se estereotipan en embelesador horizonte. Y á manera que se ahonda en tan bello Océano, se divisan más bellezas, viendo abrirse por sucesión continua, para dar paso á la justa admiración, los raudales de fé que inundan el sentimiento de la poetisa, respirando una atmósfera de esperanza en los destinos del bien.

Homero dió origen á mundos que hoy ruedan misteriosamente en la gloria; Demóstenes hace llegar á Grecia, á Queronea; Julio II y Leon X, pueblan el museo Dio Clementino de las sublimes creaciones del arte, haciendo que las galerías del Vaticano parezcan obras del cielo; Miguel Angel sometió á inapelable juicio el mundo entero; Rafael y Murillo, como si prodigiosamente quisieran coincidir con Cimabue, nos dan á conocer toda la belleza de la perincrita Reina del cielo; Beethoven, Hayden, Mozart, con la profundidad de sus armonías, nos hacen aspirar á las de la gloria; Rossini, Bellini, Donizzetti, Meyerbeer, con sus melodiosos éxtasis, nos hacen comprender toda la dulzura de la dicha; y los poetas que cantan como Angela Grassi, nos hacen amar todo lo que de sublime hay en la poesía y en el arte, predisponiéndonos á hacer su estudio, acogiéndonos á los resplandores de su sol, de calma majestuosa vestido.

Descuella en las composiciones de Angela Grassi un amor entrañable á Dios, sin afectación, sin fanatismo.

Por eso dice en su *oración de la mañana*:

Pasa fugaz el tiempo:
Llega la muerte impía...
¡Inútil es el día
Perdido para el bien!
¡Feliz el que al trabajo

(1) El 12 de Junio de 1871, M. Becquerel hizo á este propósito en la Academia de Ciencias de París, una Memoria titulada, «Sobre el origen celeste de la electricidad atmosférica.»

Sesiones de la Academia, tomo 12, página 709.

Su vida ha consagrado,
Buscando el premio ansiado
En el celeste Edén!

Su composicion, *El alba*, respira todo el candor y sencillez de un niño de prematura concepcion: es un solemne sufragio á las bellezas matinales, repasado de todos los acordes del eco del labrador y del marino, con inimitable ternura.

Dice con fácil espontaneidad:

Qué albores y celajes!
Cuál brilla el claro cielo!
La aurora alza su velo:
El sol apareció!

El alba es la hora más pomposa de la naturaleza. Las aves son más sublimes que el hombre, dejando sus nidos, al asomar sus primeras tintas, para alabar al autor de los mundos. Cuando á esa hora divina todos los mortales entonen un himno al criador, la Paz Universal será un hecho incontestable.

Por eso los poetas la cantan enternecidos, describiéndola arrebatados. Dice muy bien la Grassi:

Con sus destellos dora
El azulado ambiente,
Y asoma refulgente
Con todo su esplendor.
De azul y de amaranto
Baña las nubes bellas;
Animan sus centellas
El pájaro y la flor.

Su poesía *La Fé*, es de mérito superior á todo elogio. Bastarian los siguientes versos que contiene, para darle realce, y son:

Oh sacrosanta fé! Legado hermoso
De un Dios que es todo amor! Ancora bella
De nuestra salvacion!...

Sabido es que en nuestros lamentables tiempos han negado la Fé, suprema inteligencia, siendo una catarata de rocío que derrama torrentes de consuelo, sobre el diamantino mar de la esperanza. La Fé hizo á Boyer, barbero, presidente de los Estados Unidos, como hiciera á Franklin, cajista, como hizo igualmente á Johnston, sastre, y á Lincoln, leñador; y como hizo exclamar á Galileo, la sublime frase, *E pur si muove*, y á Arquímedes, *Eureka*, corriendo por las calles de Siracusa por haber hallado el cuadrado de la hipotenusa; como dió poderosa intuicion á Watt, á Guttenberg, á Colon y á Monturiol, y raudales de caridad á San Vicente y á todos los que practican la caridad divina y fomentan el arte soberano. ¡Bien hadados, pues, los poetas que cantan la Fé, aliento del mundo, y sin la cual giraremos en un círculo de errores, prontos á caer en la ruina del escepticismo y el suicidio!

La composicion *España en el siglo XVI*, es levantada, con un sabor épico de primer orden. Todo su argumento se articula en estos oportunos renglones.

¡Siglo de horror y espanto,
Que bajo glorioso prisma,
Toda la nada del hombre
Con tu fiera publicas!
¡Qué nos importan tus palmas,
si son ¡ay! en sangre tintas?
¡Qué importa ostentar coronas,
si son formadas de espinas?

Angela Grassi no se deja seducir por el oropel y fantasmagoría; y más franca que el mismo Pelletan, panegirista del siglo XIX, habla como filósofa cristiana, doliéndose de los extravíos de la razon en una época de tumultuosas pasiones bélicas. Pero, sin embargo, con aquellas luchas sangrientas, coincidieron otras de renovación, con las que es ingrata nuestra edad; pues debiendo ceñirse al desarrollo de los intereses morales y materiales, con una razon esclarecida y una fé preclara, repite las horribles escenas de siglos de hierro, con no menos sangrientos episodios que los provocados por los monstruos coronados del Capitolio.

La *confesion de una niña*, es de un sabor místico delicadísimo. Tiene la esencia del estro de San Juan de la Cruz y la filosofía de Santa Teresa.

Dice la confesanda con adorable ingenuidad:

Dile tú, blanca paloma,
Y así el Eterno te guarde,

Que es mi amor como el aroma
Que en los pebeteros arde.

Esta clase de composiciones son hoy de muy útil lectura, toda vez que se reniega del culto exterior, de las reliquias y de todo lo que impone un ineludible deber religioso. Religion seca y estéril, no es religion de sentimiento: es una filosofía convencional, personalista, solo propia de hipócritas, de egoistas, de mujerzuelas impúdicas, ignorantes ó altaneras.

El culto externo, las reliquias, la oracion, la confesion, son de una belleza extremada y de una enseñanza sublime. Bajo este punto de vista, composiciones como la *Confesion de una niña*, son de aplicacion útil y merecen sincero aplauso. La *Felicidad*, pertenece á la escuela de Alberto Lista, con sus nostálgicas evocaciones; la *Tempestad*, á la escuela de Herrera; la *Azucena* á la de Melendez y Martinez de la Rosa; *Jesús Crucificado*, á la de García Gutierrez; *El Amor y la Amistad* á la de Arnao. Decimos *escuela*, debiendo decir *estilo*, y así debe entenderse. La composicion, á *Pompeya*, no desdice de la de Rioja, á las *Ruinas de Idílica*.

Esta poesia es de mucho arte, de mucha meditacion, de mucho conocimiento histórico:

Rompe la escena, con esta valiente estrofa:

Ese monton de ruinas y de escombros
Que ves alzarse, hermano, entre las flores,
Fué una hermosa ciudad, que con asombros
El mundo proclamó verjel de amores.

El resto de la composicion tiene una unidad estética, verosimilitud y filosofía histórica inimitable.

La poesia *Meditacion*, pertenece al estilo de Chateaubriand, tiene arrebatos de Sor Juana Inés de la Cruz, y una forma digna de ser imitada. La *A Dios*, pertenece al estilo de Zorrilla y tiene la profundidad de las *Armonías* de Lamartine.

Finalmente, todas las composiciones de este hermoso libro, sin que en ello haya exageracion, nos parecen verdaderas enseñanzas de profunda moral, horizontes de bellezas, atmósfera de consuelo, esencias de verdad y de sentimentalismo.

La mujer que así escribe, que así pinta las contenciones del alma y los accidentes de la vida y de la naturaleza, merece el aplauso del hogar, el elogio del pensador, la estimacion pública y el premio y honor de los Gobiernos.

En su poesia, la *Hojita verde* dice con sencilla y á la vez gráfica verdad:

¡Tras el bello azul del cielo
Los alcázares están,
Do brilla el Criador Divino
Cual se vé aquí el sol brillar!

Quien así habla, comprende las bellezas apocalípticas, siente como Arolas, piensa como Balmes, y sabe llorar como Grilo. Por eso dice despues con la melancolía de Norma:

Si un Edén tan portentoso
Oculta la eternidad,
¡Desdichados los que vienen,
Y dichosos los que van!

Concluiremos este desaliñado juicio aconsejando á todos los que saben comprender lo que valen las perlas de una imaginacion poética, abillantadas por una delicada sensibilidad, que lean las Poesías de Angela Grassi, seguros de hallar en ellas un verdadero manjar de consuelo y armonías bastante eficaces para templar el rigor de horas de tedio y de amargura, muy frecuentes en nuestra vida.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

DESVENTURAS MATRIMONIALES.

I.

Juan Perez era un aprendiz de hombre. Esto es, Juan Perez tenía cuatro lustros, al decir de un amigo suyo gacetillero, ó sea veinte años, segun afirmaba su señora madre.

Juan Perez habia concluido la carrera que emprenden las tres cuartas partes de los hijos de España. Es decir, Juan Perez era abogado.

Un abogado, en nuestra actual *manera de ver*, lo mis-

mo sirve para director general de Obras públicas, que para agente de policía. Nuestro héroe no estaba ni tan alto ni tan bajo. Era sencillamente *oficial sexto de la clase de octavos* de una de las muchas oficinas que administran la poca hacienda de nuestra cara patria.

Gozaba Juan Perez el sueldo de ocho mil reales anuales, ó sea de dos mil pesetas, segun la novísima contabilidad. Para emplear fructuosamente tan crecida renta, Juan Perez pensó en casarse y se casó. La mujer era bellísima: llamábanla en Madrid el *Sol de Ciempozuelos*, por haber nacido en dicho pueblo en una de las emigraciones veraniegas que la moda ha establecido en nuestra sociedad contemporánea. Sabido es que el sol de Ciempozuelos es tan bello como el sol de Paris, Roma ó Madrid.

Anita, así se llamaba la mujer de Juan Perez, era tan rica en belleza como pobre en bienes de fortuna. A pesar de esto, Anita estaba habituada al lujo que es consentido á las solteras. Quizá la determinó á casarse el deseo de cambiar su sombrerito de tul por uno de terciopelo adornado de plumas de marabú, y sus prendidos de flores por los collares de perlas y los aderezos de diamantes que no podia usar en el estado de doncellez.

Los ocho mil reales de sueldo de su marido la impidieron realizar estas ilusiones. Anita tuvo que renunciar á los bailes donde brillaba ántes de casarse: tuvo que olvidar la existencia de los teatros: tuvo que recoger los pantalones y que remendar las camisas de Juan Perez. Horrible situacion!

Anita maldijo la hora en que conoció á Juan Perez, y éste á su vez maldijo la hora en que conoció á su *Anita*. El matrimonio fué desde entónces un infierno abreviado y... Anita se murió y... y como consecuencia lógica, su *ex-marido* acató los inescrutables designios de la Providencia y lloró con resignacion su *desgracia*.

II.

La experiencia es una gran maestra de verdades. Enseña el modo de evitar las desgracias despues de haberlas padecido. Juan Perez aprendió en su primer matrimonio que dónde no hay harina todo es mohina. Y provisto de esta enseñanza determinó casarse segunda vez con la hija de un comerciante de vinos—los maldicientes le llamaban tabernero—tan pobre en perfecciones físicas como rica en *condiciones* metálicas. Ramona, este era su nombre, podia considerarse como el *viceversa* de Anita.

Este segundo matrimonio trajo la abundancia á la casa de nuestro héroe. Pero con los miles duros de Ramona, vinieron tambien los parientes zafios y exigentes, y las burlas de los amigos, y el *retraimiento* de los *meticulosos* en cuestiones de abolengo, y sobre todo, vino Ramona con un génio indomable y unas *formas sociales destructoras* de toda la sociedad y un entendimiento *incomprensible*, es decir, incapaz de comprender. Y el segundo matrimonio de Juan Perez fué un segundo *cielo* del infierno que comenzó en el primero. Y este matrimonio terminó como todos; es decir, por la muerte de uno de los cónyuges. Y el cónyuge que le tocó morir fué Ramona; y Juan Perez quedó viudo por segunda vez.

III.

Nuestro protagonista habia aprendido por experiencia esta otra verdad: las primeras sopas no se digieren. Aleccionado con esta larga carrera ó *carreras* matrimoniales, dijo un dia Juan Perez; ahora si que voy á casarme bien. Y en efecto, se casó con Doña Leonor Cabeza de Vaca y Ladron de Guevara, cuyos apellidos, tan feos como ilustres, indican claramente la elevada cuna de la tercera mujer de nuestro Juan Perez. Pero he aquí que doña Leonor sabía perfectamente los cuarteles de su escudo de armas, pero ignoraba por completo los reales que tiene un escudo; sabía pasar los dias y las noches sin hacer nada, segun exigia su elevada clase, pero ignoraba que doña Isabel la Católica hilaba, y que Santa Isabel, reina de Hungría, curaba los enfermos por sus propias manos; sabía enorgullecerse de los preclaros hechos de sus progenitores, pero ignoraba la divisa de una ilustre casa francesa, *nobleza obliga*. Esta

sabiduría y estas ignorancias de nuestra doña Leonor, produjeron sus naturales consecuencias: Juan Perez tenía que ajustar la cuenta del criado y de la lavandera, porque su mujer ignoraba la aritmética y desdenaba el aprenderla; Juan Perez tenía que pagar una costurera que le cosiese hasta los botones que se caían de los guantes; Juan Perez tenía que dirigir la limpieza de la casa, porque su mujer no se ocupaba de estas menudencias. Verdad es que nuestro héroe había heredado la fortuna de su segunda mujer; pero los gastos que le creaba el carácter de doña Leonor mermaban sus intereses, y de precipicio en precipicio, ó sea de deuda en deuda, le conducían á una ruina cierta y de todo punto inevitable. Hay que advertir que doña Leonor Cabeza de Vaca y Ladrón de Guevara, tenía muchos escudos pintados y pocos escudos sonantes, aun cuando abrigaba la fundada esperanza de alcanzar un título de marquesa, con grandeza de España de primera clase, después de la muerte de su actual poseedor y diez de sus parientes más cercanos, que sucesivamente habían de heredarle.

Apoyándose en su futuro engrandecimiento, doña Leonor tachaba á su marido de mezquino en sus pensamientos y le llamaba cicatero, roñoso, avaro, miserable y otras palabritas que todas andarían muy cerca en un diccionario de sinónimos.

Juan Perez oía las calificaciones que le aplicaba su mujer, mohino y amostazado. Veía muy clara su próxima ruina, y muy turbias las esperanzas de engrandecimiento que abrigaba su mujer; y entonces Juan Perez juraba y perjuraba.... pero lo que juraba y perjuraba se sabrá en el capítulo siguiente.

IV.

Juan Perez quedó viudo por tercera vez, y resolvió poner en práctica un juramento que había hecho en los tiempos de su tercer matrimonio; ó no casarse ó casarse con una mujer que fuese bella, rica y noble, para evitar de este modo las desventuras de sus tres anteriores *campanas* matrimoniales.

Y Juan Perez, que como vamos viendo, era muy afortunado, *topó* con la hija única de los Condes de Rioverde, que era bella como el sueño de un poeta, y rica como las esperanzas de un banquero, y noble como las fantasías de un rey de armas. Y esta niña tenía veinte años y Juan Perez cuarenta y dos, pero el amor no repara en edades. Y *La Correspondencia* de un día, de un mes y de un año, de que no queremos acordarnos, insertó entre un suelto donde se recomendaba una pomada para hacer nacer el cabello y otro donde se daba cuenta de una corrida de toreros, lidiados por los aficionados de nuestra *aristocracia de la sangre*, la siguiente noticia:

«Anoche se verificó el enlace de la bella señorita doña Elisa de Guzman y Mendoza, hija única de los señores Condes de Rioverde, con el Sr. D. Juan Perez de Soto y Ramirez de Toledo. Terminada la ceremonia, los novios salieron para Suiza, entre cuyas agrestes montañas piensan pasar los primeros meses de su luna de miel.»

Efectivamente, Elisa y Juan pasaron su luna de miel

en una bellísima casa de campo, oculta entre las montañas de la patria de Guillermo Tell. Después de un año de viajes, regresaron á España y tuvieron abono diario en el Teatro Real, y entrada en todos los salones de todas las aristocracias; la que se adquiere con sólo nacer, es decir, la de la sangre; la que se adquiere charlando, es decir, la de la política.

Nuestro antiguo Juan Perez, convertido en el Señor Don Juan Perez de Soto y Ramirez de Toledo, resolvió la cuestión matrimonial y pudo exclamar como el sábio griego: *Eureka*.



EL PAJE.

Pero los años habían pasado y nuestro héroe había llegado á los sesenta y su mujer sólo tenía treinta y ocho. Sea la diferencia de edades, sea otra la causa, el triste caso aconteció en la forma siguiente: Juan Perez entró á una hora des acostumbrada en el gabinete de su esposa y la encontró reclinada en una butaca y al parecer enferma: nuestro héroe se apesadumbró, como era natural, entró en el tocador para tomar un pomito de esencia y acercarlo á la nariz de su cara mitad, estilo antiguo; pero notó sobre la mesa del tocador un sombrero de hombre, cuya procedencia era sospechosa. Buscó el dueño de aquel *artefacto* de cabeza y lo encontró debajo de un sofá, cuya posición no es la más adecuada para hallarse de visita.

Juan Perez, que era caballero antes que todo, desafió al intrépido Lovelace; realizado el desafío, le introdujo una bala entre pecho y espalda, y dejó vengado su honor y publicada su *deshonra*.

V.

Juan Perez se hallaba en la actualidad separado de su cuarta mujer. Noches pasadas contaba á un amigo de su niñez, la historia de sus desventuras matrimoniales. Cuando terminó de hablar, su amigo, que le había escuchado con mucha atención, le contestó las siguientes ó parecidas palabras:

«Querido Juan, no debe sorprenderte el resultado tan fatal que han tenido tus cuatro matrimonios. Tú, como la inmensa mayoría de los hombres, cuando has

creído que te casabas por amor, sólo lo has hecho por el deseo sensual que inspira la belleza física, y cuando has querido casarte por razón, te has dejado llevar de un cálculo mezquino; has buscado la belleza del cuerpo, los goces de la riqueza y los triunfos de la vanidad; has olvidado, ó mejor dicho, has ignorado que el matrimonio verdadero, que el único lazo que merece el nombre de matrimonio, sólo se forma por medio de la unión de dos seres que mutuamente se completan; de dos seres, cuyas almas son parte de un mismo espíritu; de dos seres que se confunden en uno solo. Y no creas que esto son divagaciones poéticas; no, amigo mío; ya la sabiduría popular ha dicho que en amor es preciso hallar su *media naranja*, y el matrimonio no es más ni menos que la consagración del amor como fundamento de la familia.

Triste, pero conveniente es decirlo: la educación que hoy dan á sus hijos la mayoría de los padres, se reduce á añadir un pozo de egoísmo artificial al que ya naturalmente existe en el fondo de su espíritu; les presentan el matrimonio como un negocio, en oposición á un instinto que se lo presenta como un placer; y el matrimonio es realmente....»

A esta sazón notó el orador que Juan Perez se había quedado dormido y murmuró entre dientes: «¡Miserable naturaleza humana! ¡Padecer ó dormir!»

LUIS VIDART.

SAN PETERSBURGO.

El extranjero que á su entrada en la capital de Rusia

exclama como Madama Staël: «Petersburgo, ¿qué haces aquí?» seguramente llega á ella en el invierno en un día de tormenta ó de ventisca. La aridez de la estación contrasta con la belleza de aquella capital; pero en el estío, en que el clima del Norte se asemeja prodigiosamente al del Mediodía, lejos de ocurrir al viajero semejante pregunta, en vez de reprobar la elección del sitio que ocupa, admirará la conveniencia de su situación, y esta admiración durará hasta fin de Octubre; entonces, si el frío se eleva de veinte á treinta grados, es cuando únicamente experimentará un movimiento de indignación contra el fundador de aquella capital.

Esta ciudad es jóven, hermosa, rica, elegante, construida bajo un plan regular y simétrico, sin monotonía; las casas no tienen una elevación tan desproporcionada, que intercepten el aire ni la luz. Un ruso de buen tono no subirá más de dos tramos. Las fachadas están bien decoradas. Pudiera llamarse la ciudad de las columnas; tal vez han abusado de este adorno, pero al cabo es un



Pl. 160.

1006

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.
Plaza de Prim, II, 3.

brillante defecto que al ménos contribuye á la magnificencia del golpe de vista.

Hay un punto desde el que San Petersburgo ostenta á la vista el conjunto de su inmenso panorama; este es el puente del jardin de Estío. Una tarde, cuando el sol al ocultarse presentaba el más grandioso espectáculo, encontré allí al conde Amadeo. Queriendo hacerme partícipe de su admiración hacia los objetos que amenizan aquella perspectiva, fuéme los señalando uno á uno, al modo que Elena designaba á Priamo los héroes del ejército sitiador de Troya.

«Hé allí, me decía, sobre la ribera derecha de la ría, la fortaleza que contiene en su vasto recinto la iglesia de San Pedro y San Pablo, cuya elevada aguja de oro domina las murallas; aquella multitud de chispas que brillan en medio de espesos vapores por cima de una verde techumbre, nos indica la Casa de Moneda situada también en el interior de la ciudadela.

Más allá, á la derecha, en el fondo del horizonte, aquellos árboles majestuosos inclinan su ramaje ante las aguas del estrecho Newa. ¿Cómo designaros aquella multitud de suntuosos campanarios que envanece las aéreas regiones? Hé allí, en el Bassiliostroff, la cúpula de una iglesia que he visto empezar, concluir é inaugurar en el espacio de dos años; en su cima se distingue una estatua de cobre plateada. Más allá la Bolsa y sus dos columnas rostrales; la línea inmensa de los doce colegios que en otro tiempo encerraban los diferentes ministerios; los edificios de la Aduana, la Academia de Ciencias, la de Bellas artes; y al extremo de tan imponente perspectiva, la Escuela de minas, situada á la conclusión de la curva descrita por la ría.

Sobre la ribera izquierda se distingue el hermoso enrejado del jardin de Estío, en cuyo centro se eleva el palacio Miguel, en que murió Pablo I que le había hecho construir. Pasad la vista por el *Campo de Marte*, teatro de las belicosas revistas de la Guardia imperial, y por cima de los árboles en línea diagonal, divisareis el palacio edificado por el gran duque Miguel y su interesante compañera; y en fin, la cúpula de la iglesia católica, y la de Kasan, iglesia metropolitana hasta nueva orden.

Concluida esta excursión fuera de las márgenes del Newa, volvamos la vista á aquella inmensa línea de edificios que forman el muelle del Consejo.

Hé allí la casa de madama Rivas, esposa del antiguo almirante; el palacio de mármol, el del conde Litta, el del príncipe de Garrin, la embajada de Francia, la Ermita, el palacio de Invierno, el vasto edificio del Almirantazgo con sus dos pabellones, sus bajadas de granito y su veleta de oro superada por un barco; más allá la estatua de Pedro el Grande, el puente de Isaac y el Se-

nado, y en el último término el muelle inglés, del que apenas pueden divisarse algunas casas.

Ved aquellas chalupas cual se deslizan bajo la sombra paralelamente á los dos extremos del jardin de Estío; aquellas aguas, que el Newa cede generosamente á la ciudad, forman los canales de la Fontanka y de la Moi-

diferentes puntos; las naves estacionadas delante de los puentes que se abren á las dos de la mañana, para franquearla el paso; los millares de góndolas que se cruzan en todas direcciones, las hermosas aceras, los pretilles y las fachadas imitadas á mármol que forman el recinto de la ría, habrémos de convenir en que es imposible abrazar en un solo golpe de vista un cuadro más variado, más rico ni más imponente.

EL PAJE.

Con este nombre se ha conocido siempre á los jóvenes que reciben una educación distinguida en los palacios de los reyes, príncipes, prelados y señores, á quienes sirven en diversas ocasiones. En todas épocas se ha colocado á los niños en las casas de los grandes con diversas denominaciones. Los *pajes* en la Edad Media se confundían con los donceles, y eran los novicios ó aprendices de los caballeros. Hacían cerca de los castellanos los oficios que las doncellas cerca de las castellanas. Se los enseñaba á rezar, á combatir á pié y á caballo con toda clase de armas corteses, á honrar á las damas, y según su edad, á leer, escribir, cantar y bailar. Los simples caballeros no podían tener *pajes* de nacimiento noble, mientras que era necesario hacer pruebas de nobleza para ser admitido en los palacios de los príncipes y los reyes. Sin embargo, se veía con frecuencia á un señor rico enviar su hijo á casa de un señor vecino, afamado por sus hazañas y virtudes, para que aprendiera con su ejemplo el oficio de las armas, de la lealtad y de la cortesía. Los niños entraban en las funciones de *pajes* hacia los siete ó ocho años, y permanecían en ellas hasta los catorce. Prestaban á sus amos los servicios ordinarios de los criados, los servían á la mesa, les llenaban la copa, los acompañaban á la caza y á las visitas. A los catorce años *salían de pajes*, para lo cual se celebraba una ceremonia religiosa, en la que el oficiante, tomando del altar una espada pendiente de una banda, se la ceñía al joven; solían presentarla su padre y su madre, y algunas veces un pa-

drino y una madrina. Cuando la alta nobleza abandonó por la corte sus tierras señoriales, la costumbre de tener *pajes* se fué perdiendo poco á poco, excepto en los palacios de los soberanos y príncipes de la sangre real. En España han subsistido hasta principios de la actual época constitucional, y aun viven muchos que llenaron este cargo cerca del último monarca D. Fernando VII.

A los *pajes* solía exigírseles pruebas de nobleza de cuatro generaciones. En el ejército servían de ayudantes á los edecanes del rey. Los *pajes* alumbraban al rey por la noche, llevando en la mano hachas de cera blanca. En las grandes solemnidades se colocaban detrás y delante de su carroza y á las portezuelas junto á los estribos. Estos *niños de honor* eran educados en un palacio particular por un director, ayos y profesores, que los enseñaban las principales ciencias y artes. Los *pajes* españoles han merecido siempre la mejor reputación, muy al contrario de lo que se dice de los franceses y otros países, pues de los primeros se refiere que las mujeres de Versailles procura-



VISTA DE SAN PETERSBURGO.



VISTA DE PARIS DESDE EL PUENTE NUEVO.

ka, que en unión con el de Santa Catalina, bañan los más hermosos cuarteles en la dirección de Este á Oeste, y después de caminar así cuatro werstas (una legua), se unen á la ría en el mismo sitio en que esta desagua en el golfo.

Tal es el cuadro que se ofrece á nuestra vista. Volvamos ahora nuestro rostro, y remontemos el curso de la ría. A la derecha se ve el arrabal de Gagarin, la iglesia del Arsenal, los campanarios del antiguo monasterio de Smolna, el instituto de Señoritas nobles, y la verdoosa techumbre del palacio de la Tauride; sobre la ribera opuesta el antiguo Petersburgo, el Hospital militar, la Academia de Medicina, diversas iglesias, y por último, las cercanías de la aldea de Ohkta.

Si á esta multitud de hermosos edificios, añadimos la inmensa extensión de la ría, que se divide en diferentes brazos; los bosques de mástiles que se elevan en

ban no pasar por delante del hotel donde estaban alojados por temor de que las insultasen con sus chanzas, con frecuencia demasiado licenciosas, groseras y malignas.

Dos *pajes* servían á la mesa de los reyes de Francia, y la misma etiqueta se observaba en los palacios de los príncipes de la familia real. Los criados se colocaban detrás de los pajes, y daban y recibían de su mano los platos. Cuando el príncipe enviaba algún manjar á una señora que se sentaba á su mesa, el paje lle vaba por sí mismo el plato que le había entregado su señor, si la dama era bonita, pero de lo contrario se lo encargaba á un criado. No se podía hacer esperar á un paje, y nadie sino la persona á quien era enviado debía recibir la orden, carta ú objeto de que era portador. Su vestido debía ser de los colores del señor á quien servía; un lazo con cintas pendientes, que flotaban por su espalda, y la pluma blanca que rodeaba el sombrero de los *pajes*, constituían la elegancia de su traje, que variaba según las modas de la época.

Todavía nos quedan millares de anécdotas y proverbios del carácter y costumbres de los pajes, que prueban lo que fué esta institución, apreciable por su antigüedad y el esplendor que por lo general su juventud y su belleza daban á las comitivas de los monarcas.

Las meninas, tan célebres durante la dinastía austriaca, hacían cerca de la reina y las infantas los mismos oficios que los pajes prestaban al rey y los grandes señores. El tipo verdaderamente poético, sin embargo, es el del paje de la Edad Media, y no puede recordarse sin profunda emoción aquella joven que acompañaba en este traje al misterioso Lara de Lord Byron, hasta que la tierra de la tumba oculta los secretos del caballero, que desaparecen con él y con el paje, que para no revelarlos desaparece también.

(Arreglo.)

JOSÉ SANCHEZ BIEDMA.



VISIONES DE LA NOCHE.

Dedicada á mi querido amigo

TEODORO BOULLENGER.

Me gusta en negra noche de Otoño, húmeda y fría,
Sentir caer la lluvia que el viento arrecia más,
Y en espaciosa sala, de construcción sombría,
Oír cercana péndula marcando su compás.

Las gotas que sostienen las hojas más ufanas,
Del campo que circuye la casa en derredor,
El viento las sacude, silbando en las ventanas,
Con furia que remeda al trueno bramador.

Ladrillo quejumbroso de perro encadenado,
Se escucha y llena el alma de extraña sensación;
Parece que es augurio de sino infortunado,
Y dentro el pecho late, medroso el corazón.

Las horas en su esfera resbalan inmutables,
Su són tético y lento se lleva el huracán,
Y al despertar los ecos, que acuden incansables,
La voz del bronce duro repiten dónde van.

El alma se concentra y el mundo todo olvida,
Es presa del delirio que llega sin sentir,
Despréndese un momento de la terrestre vida,
Y espíritu impalpable, posee otro vivir.

Crujidos se perciben, la luz chisporrotea,
Se siente aproximarse insólito rumor,
Se ve el brillo rojizo de funeraria tea,
Y un mundo de visiones pulula en derredor.

Avanzan lentamente cubiertas de crespones,
La llama de sus ojos divisase al través,
Y el yerto lábio reza las santas oraciones,
Que son el fuerte escudo del que creyente es.

Echando atrás el velo una mujer impura,
De blonda caballera, con ojos verde mar,

En mí fija los rayos de su mirada dura,
Y pérfida sonrisa comienza á dibujar.

Se acerca presurosa con faz lívida y fría,
Y mal encubrir puede su devorante afán,
Su rostro se enrojece por súbita alegría,
Y escupe en mis vestidos con cínico ademán.

Un hombre se adelanta de lúbrica sonrisa,
La atmósfera calcina su aliento abrasador,
Con mano delicada su fina barba alisa,
Y su mirada ardiente me cubre de rubor.

Se aleja, y se avecina, una mujer tan bella,
Que apenas andar sabe su diminuto pié,
Sus ojos adormidos me miran sin querella,
Y sus flexibles brazos tenderme se la ve.

Rasgando el negro manto, con rabia decisiva,
Otra mujer se acerca temblando de furor,
Pretende asir mi cuello con mano convulsiva,
Y escápase del pecho un grito de terror.

Después, de la ancha masa de las tinieblas densas,
Tres sombras se destacan en torva confusión,
Se agitan y parece que ciérnense suspensas
En el vapor negruzco de una infernal mansión.

Las manos llenas de oro me muestra la primera,
Segunda un noble escudo erguida en su altilive,
Manjares succulentos me enseña la tercera,
Cual torpe Eliogábalo con vil insensatez.

Murmillos apagados y risas y gemidos,
Se escuchan por doquiera con indecible fin,
Rumores vagorosos de gritos comprimidos,
Se escapan al espacio buscando otro confin.

Las sombras se aproximan, el pánico mío crece,
El círculo se estrecha y voy á sucumbir;
Mas rasga las tinieblas, vision que resplandece
Y á su sagrado aspecto las sombras veo huir.

El éter la circuye; su planta alabastrina
Envuelta en leves gasas, se posa sin rumor,
Desciende lentamente y su semblante inclina,
Vertiendo eterna vida con su inmortal amor.

Brilla en su hermosa frente un rayo de la luna,
Y anhelo en su alba diestra mis labios reposar,
Que su semblante bello me sonrió en la cuna,
Antes que luz de gloria subiese á disfrutar.

En su presencia santa me postro de rodillas,
Las manos extendiendo me da su bendición;
El llanto surca hirviente mis pálidas mejillas,
Y anuncia una campana del alba la oración.

Y todo, todo acaba; el alma vuelve ansiosa
Al cuerpo que un momento dejara de sentir;
La lluvia se ha extinguido, el huracán reposa,
Y el día en el Oriente empieza á sonreír.

Con paso vacilante refúgiome en el lecho,
La mente dolorida anhela descansar;
Las manos pongo entonces en cruz sobre mi pecho,
Y espero en el silencio dormir para olvidar.

ISABEL DE VILLAMARTIN.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por E. Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

Al fin se alzó el telón, y apareció Suarez en el proscenio con una joven de la mano. Dirigió al público una indagadora mirada, y fijándose en nuestro palco, dijo con voz clara y vibrante:

—El ilustrado público que llena el teatro, desea cono-

cer al autor de la comedia. Hélo aquí! No es autor, sino autora. La hermosa producción que admiramos es obra de una mujer. Es de esta dama!

La voz de Suarez fué interrumpida por millares de aplausos, y una nube de ramos y coronas cayó á los pies de la afortunada autora.

Augusto, yo me quedé asombrada, anonadada, al reconocer en la mujer que tenía Suarez de la mano á... Ernestina; pero á Ernestina llena de juventud y de gracia, con todo el encanto de sus veinte años. A Ernestina, á quien un público entero aclamaba y admiraba.

Era cosa de volverse loca! Oh! hubiese dado toda mi hermosura por hallarme en su lugar.

De mí nadie se ocupaba, á pesar de mi deslumbradora belleza.

Mas ella! ella! Mi rival, allí estaba admirada, aplaudida hasta el frenesí, por un pueblo entero. Oh! ¿qué era yo en aquel momento al lado de la célebre escritora? una espectadora más ó ménos que se moría de envidia.

La venda que cegaba mis ojos se descorrió, y mi vanidad quedó completamente vencida. Conoció, ay! pálida de rabia, que mi belleza nada valía al lado de la de Ernestina, que con su gran talento tenía suspensos á tantos corazones. El triunfo de la belleza del talento sobre la hermosura, no podía ser más brillante.

Estéban Suarez cogió una de las muchas coronas que estaban esparcidas por el suelo, y la puso en la cabeza de Ernestina. Era una corona de laurel. Ah! ¡Estaba encantadora con ella!

Por un momento el público contempló con adoración á la joven poetisa. Ella, conmovida, ahogada por la emoción, no podía decir una palabra; mas al fin, haciendo un supremo esfuerzo, quitó la corona de su cabeza, miró á los espectadores con agradecimiento, y depositó en aquel trofeo de la gloria un beso y una lágrima.

Augusto, entonces ya no fué entusiasmo, sino furor; parecía que el teatro se hundía á palmadas. La poetisa, no pudiendo soportar tanta felicidad, se retiró del palco escénico casi desmayada.

El conde, al principio, no reconoció á su antigua amante; pero al conocerla dió las mayores muestras de admiración, y gritó en el colmo del asombro:

—Ernestina! mi Ernestina!

Y como un loco salió del palco en busca de la madre de su hijo.

—Dios mío! Qué va á pasar aquí, dije yo con angustia.

—Ahora lo veremos, contestó mi padre con aire sombrío.

Pasó un cuarto de hora, y el teatro quedó desierto, pero ¡ay! el conde no venía: ya casi estábamos á oscuras, cuando se presentó Suarez.

—Estéban, Estéban! le dijo mi primo con reconven-
ción, V. sabía esto, V. nos trajo aquí para apartar al conde de Magdalena.

—Cumplí con mi deber, contestó el hermano de Leocadia con severidad; había un hijo sin padre y sin nombre, y es menester que tenga uno y otro.

—Nunca, nunca! dije yo con rabia.

—Quizá tenga V. razón, Magdalena, me contestó el poeta friamente. Ernestina, con una firmeza inaudita, se negó hace un momento á recibir al conde, que me pedía suplicante el hablarla.

—Sera posible, Alberto! ¿hizo eso?

—Sí, señorita, y me parece que aún le quedan á usted cosas más asombrosas que ver.

—Me vengaré! grité pálida de ira. Vámonos, vámonos! La cólera me ahogaba, llegué á mi casa y me arranqué frenética las flores y aun los cabellos.

En toda la noche no pude dormir, pensando en mi situación.

Sería posible que mi boda se deshiciese? ¡Mi boda, que era mi sueño dorado hacía dos años! General, nunca detesté tanto á su hermana de V. como aquella noche. La maldecía y odiaba su célebre talento, que tanto me humillaba.

Al otro día no ví al conde, y no sabía dónde preguntar

por él, porque desde su enfermedad vivía con nosotros. Pasé cuatro días en una angustia mortal, sin saber nada. En cambio, para consolarme, los periódicos todos aclamaban á la "señora Durango", este era el nombre que había tomado Ernestina. Oh! ¡Cómo elogiaban á la jóven y bella escritora!

Mi impaciencia cesó al recibir una carta del conde; pero al leerla creí morir de despecho, decía así:

"Señorita, V. y yo hemos vivido soñando por espacio de dos años. V. por decirme que me amaba, y yo por engañarla con la mejor intención.

Me reclaman deberes muy sagrados, por lo que todo concluyó entre los dos. Perdóneme V. el haberla engañado, y haberme engañado á mí mismo, creyendo que pudiese amar á otra que no fuese Ernestina.

Una alucinación me arrastró hacia V., y una realidad me aleja. Imploraré el perdón de Ernestina, porque es la única que puede hacer feliz al conde de Rosental.

P. D. Si V. quiere ocuparme en algo, habito en la calle de Alcalá, 3, segundo."

Decir á V., General, la rabia diabólica que me acometió al leer esta carta, no es posible: pálida y convulsa, fui con ella á buscar á mi primo, y le dije:

—Luis, no le amo ya, le odio, pero ¡crees que una mujer honrada puede soportar la cruel afrenta que me ha inferido ese villano? ¡Qué pensará el mundo de la honra de una mujer, abandonada al ir á celebrarse su boda? ¡Tenía derecho ese hombre para jugar traidoramente con mi honra y con mi fama? Ernestina ha hallado en Suarez un defensor, ¿no tendrá ninguno la infeliz Magdalena? ¡Mi padre y tú, contemplareis impasibles cómo se la abofetea y se la ultraja?

Luis me apretó la mano en silencio, y salió apresuradamente de la estancia.

CAPITULO XXIV.

CATÁSTROFES.—CONCLUSION.

Al cabo de tres horas trajeron á mi primo á casa bañado en sangre y moribundo. ¡Ay, General, otro nuevo desastre, añadido á los muchos que ya había causado mi vanidad!

Luis fué colocado en mi alcoba, y asistido por mí con el mayor esmero; pero ¡ay! sus días estaban contados, la estocada que le diera el conde era de muerte. Mis lágrimas corrían á todas horas, y conocía con dolor que nunca había amado al conde. Sólo mi orgullo y amor propio eran á lo que yo llamaba pasión. Tampoco se me ocultaba que mi primo era el único hombre que de veras me había querido, pues había sido, por espacio de siete años, mártir de su cariño por mí, y este mismo amor le mataba.

Augusto, nunca me había sido tan interesante Luis como postrado en el lecho del dolor, y muriéndose por defenderme.

Rogué á Dios con fervor por la vida de mi primo, y juré ser suya, y hacer para siempre abnegación de mi orgullo y vanidad; pero Dios no quiso oírme; bastantes avisos me había dado su bondad cuando la muerte de Irene Valdelirios, la entrada en el claustro de Angela, la muerte de Leopoldo, y últimamente el abandono en que me dejó el conde.

Si yo entonces, amigo mío, no me hubiese ocupado más de Alberto, enlazándome con Luis, aún hubiera podido ser dichosa.

Mi padre y mi primo vivirían, y yo me hallaría considerada; mas ¡ay, nó, nó! era necesario que los males fuesen más terribles, las catástrofes más completas. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! tiemblo en relatar lo que me falta.

Por muchos cuidados que produgué á Luis, no pudo resistir á la gravedad de sus heridas, y murió en mis brazos, á los ocho días de haberlas recibido.

Nada volví á saber del conde, ni lo deseaba. Una espantosa desesperación se apoderó de mí, y blasfemaba y maldecía mi suerte, como si yo no fuese la única culpable de ella.

El sentimiento de mi padre fué tan grande como el mío, y cayó desde entonces en una triste languidez. No me culpaba de la muerte de mi primo con palabras, pues comprendía que mi dolor era más horrible que el suyo, porque á él iban unidos los remordimientos de haber sido la causa de su muerte; pero sus ojos, fijos en mí con severidad, eran una continua acusación. ¡Ay, mi bueno y querido amigo! Si mis desgracias se hubieran quedado en esto, no me quejaría, pero aún fueron más espantosas.

Al mes de la muerte de mi desgraciado primo, se arruinó por completo nuestra inmensa y poderosa fortuna, no quedándonos apenas con qué cubrir algunas deudas de honor.

Mi padre había perdido mucho en algunas especulaciones, y queriendo resarcirse, acabó con los restos de nuestro capital. Al verse pobre ¡él! (que había sido millonario) ¡él!, que había pasado su vida trabajando porque yo fuese rica! no pudo resistir á este último golpe, y murió de consunción cuatro meses después del fallecimiento de Luis.

General, tantas catástrofes tenían que acabar con mi salud y con mi razón. Una fiebre ardiente me atacó y con ella la locura.

Dios de bondad! Pudiendo ser feliz, me veía la criatura más desgraciada del mundo por mi loca vanidad. Sentía un miedo espantoso de morir, pues creía que no podía haber salvación para mí en cuanto no hiciese penitencia.

Enferma, sola y pobre, quizá hubiese ido á un hospital, sin la generosidad inmensa de Suarez, que se constituyó á mi cabecera, y como un cariñoso hermano cuidó que no me faltase nada en cuanto alcanzaron sus intereses. El, cual mi ángel tutelar, no se separaba de mí, á no ser cuando el cumplimiento de su destino se lo exigía, para regresar al momento á mi lado. Me consolaba, me asistía con sus consejos, y con noble caridad me llevó á un virtuoso sacerdote, para que fortaleciese mi alma atribulada. Este santo hombre me animó mucho, diciéndome que siempre halla perdón el verdadero arrepentimiento.

Mis faltas habían sido grandes, y por ellas quise tener una expiación terrible.

Juré en manos de mi confesor, puesto que mi fatal hermosura y vanidad habían sido la causa de todos mis errores, que me pondría desde aquel momento un antifaz de terciopelo negro, que me cubriese el rostro, y que no me lo quitaria ya hasta el día de mi muerte. Al saber Suarez tan terrible promesa, se estremeció y me dirigió una mirada de lástima, temiendo por el estado de mi juicio. Yo le dí á entender que sabía lo que me hacía, y sólo le dirigí la última súplica, que fué, que me hiciese acompañar á la Coruña por una persona de su confianza.

Allí quería retirarme, al lado de mi tía Luisa y de Angela, en el convento de Santa Bárbara.

Augusto, al levantarme del lecho, me encontré desconocida; había envejecido diez años. Estaba pálida, demacrada, y con algunos cabellos encanecidos. Los golpes que había sufrido no pudieron ser más rudos, y ellos me demostraron que todo en este mundo es perecedero, y sólo la virtud y la religión son el consuelo de los tristes.

Aquí, Augusto, concluye mi desastrosa historia; pero permítame V. añadir más. No nos veremos ya nunca, y quiero expresar lo que siente mi corazón. ¡Oh, esta será una segunda expiación, quizá más terrible que la primera!

Suarez cumplió su palabra, me recomendó á Mendez, é hizo todo lo posible porque yo fuese sola; pero la suerte lo dispuso de otra manera. Le conocí á V., general, á V., el hombre más noble y digno que se puede encontrar.

Cuando V. me ofreció su amor, sentí una dulzura indefinible, y con esta halagadora idea me fui al convento. Dios mío! en él no hallé la tranquilidad que creí. Oh! á todas horas veo los espectros de las personas de cuya muerte fué causa mi vanidad. En primer lugar está Irene, amenazadora y pidiéndome cuenta de su vida. Luego Leopoldo, cubierto de heridas; después mi desgraciado primo, y por último mi padre tan bueno para mí, ¡y para quien he sido tan ingrata!

General, como yo vivo no es vivir, más vale morir mil veces. Me hallo devorada por los remordimientos, la fiebre y la locura, pues ¡ay! mi pobre cabeza desvaría muchas veces.

Esta es, Augusto, la mujer á quien V. quería dar su mano y su nombre. Estas son las faltas que cometió, lo que me hizo decirle á V.: "No soy digna del amor de un hombre honrado."

¿Y qué diré de V., que es el tipo del noble caballero de la Edad Media?

General, además de todos mis errores, hay entre los dos un abismo. ¿Tendría V. valor para hacer su esposa á la que causó la deshonra de su hermana? Nó, Augusto, olvídeme V., y sea feliz, harto desgraciada soy yo con mis remordimientos y con.... ¿Se lo diré á V.? Con mi amor. Sí, sí! Le amo á V. como no he amado hasta ahora, como yo sola soy capaz de amar.

Hoy conozco que sólo sentí por el conde un capricho, y lo que V. me inspira es una pasión; pero una pasión ardiente é inmensa, y que contribuirá á matarme. Muchos hombres me han dicho que me adoraban; mas era porque me veían rodeada de esplendor y de riqueza; pero V. no, ¡ah, cuán distinto es! V. no amó á la celebrada Magdalena, sino á una mujer que no conocía, enferma y envejecida, y á la que ofreció V. su nombre.

Adios, Augusto, le amo á V., sí, le adoro, pero de nada le servirá mi amor, ¡porque soy un sér á quien la tierra está llamando.

Ruegue V. á Dios por la desgraciada víctima de su hermosura y de su vanidad.

Adios, adios para siempre.—MAGDALENA."

FIN DE LAS MEMORIAS DE MAGDALENA Y DE LA PRIMERA PARTE.

(Se continuará.)

E. FEIJÓO Y DE MENDOZA.

Explicacion del Figurin 1066.

FIG. 1.^a—*Traje de teatro y sociedad.*—Vestido de muselina blanca, adornado con bullones de la tela, entredoses y cenefas de picos bordadas. La falda lleva por atrás un volante con cabeza, y un bullon con cabeza entre dos entredoses. Por delante este último adorno se repite tres veces hasta llegar al borde de la túnica, que forma delantal, y va guarnecida del mismo modo. Igual adorno lleva la parte de atrás la túnica, que descende en forma de manto, y que está recogida en pouf por una ancha banda escocesa, que se anuda á un lado. El mismo adorno de la falda constituye la aldeta y el fichú del cuerpo alto, y el de las mangas ajustadas de arriba y anchas de abajo. Adorno de concha en el peinado.

FIG. 2.^a—*Traje de primavera.*—Vestido de seda color rosa bajo, con adornos negros de pasamanería. El gracioso fichú, de encaje negro, cierra por delante con un lazo azul, sujeto del centro con un florón de pasamanería negra. La falda lleva por abajo cuatro volantes picados, con bieses encima, orillados por dos adornos de pasamanería negra. Cinturon de la tela, con gancho y cadenas para suspender el abanico. Gorguera y mangas de encaje blanco. Cinta azul en el cuello con medallón negro. Flor azul en el peinado entre follaje de concha.

FIG. 3.^a—*Elegante traje de entretiempo para señora casada.*—Vestido de seda negra con volante encañonado en el bajo, otro encima casi tirado, que concluye en picos, y dos bullones á regular distancia el uno del otro. Túnico floreado, cuyo adorno consiste en un volante picado, y encima un entredós bordado á puntos largos con seda negra. Lazos de la tela, orilladas las puntas de fleco negro de seda rizada, recogen el túnico en los costados y adornan las mangas y el pecho. Camiseta abierta y mangas interiores de encaje blanco. Flores de concha en el peinado, el cual termina con lazo de terciopelo negro estrecho, que baja en caídas flotantes hasta la cintura.



LOS OSOS.

El oso es un animal salvaje que gusta de los bosques más solitarios, y pasa en ellos parte del invierno adormecido y sin comer, por no encontrar pastos; pero no se entorpece, porque como naturalmente está gordo, la abundancia de grasa le hace soportable la abstinencia. Alguna vez se aloja en los troncos huecos de los árboles, otras entre la maleza, donde construye una especie de choza de ramaje con musgo y hojas para echarse blandamente. Trepa con facilidad á los árboles y aprende á sostenerse sobre sus dos piés traseros, y bailar al son de la música, á la que parece aficionado; pero para domesticarle es preciso cogerle muy pequeño. La duración de su vida es de veinte á veinticinco años, y la hembra da anualmente á luz cuatro ó cinco oseznos, cuya carne es muy delicada.

El oso tienelas patas anchas y casi en figura de manos, la cola y las orejas cortas, el ojo pequeño y el pelo largo, espeso y casi rizado.

Los osos se distinguen en negros y en pardos, que son tan diversos en carácter y costumbres como en color. El oso pardo es feroz y carnívoro; el oso negro, aunque no carece de ferocidad, se mantiene generalmente de frutas y granos: alguna vez hace presa en los animalillos, y sólo cuando está muy irritado, se tira al hombre, le sofoca abrazándose con él, y luego le despedaza. El oso negro, por lo regular, no sale de los países frios; al pardo se le encuentra en los templados, y hasta en los meridionales.

BENIGNO DONCEL.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Hallándonos en tiempo de Cuaresma, creemos muy oportuno dar algunas noticias acerca del modo de guisar los pescados.

CARPA FRITA.

Después de bien limpia la carpa, se corta en dos pedazos y se sacan las lechecillas ó huevos.

Se pasa después á freirla, sazonándola con la sal correspondiente, y cuando está medio dorada, se le añaden los huevecillos rebozados en harina, sirviéndose después caliente y con perejil frito por encima.

CARPA Á LA PROVENSALE.

Se corta la carpa en pedazos, y se pone en una cazuela con aceite, una copa de vino, un pedazo de manteca mezclada con harina, sal, pimienta, perejil, cebolleta, escaluñas, ajo y setas, todo picado. Se hace cocer hasta que la salsa quede muy reducida y muy espesa.

SALSA Á LA MARINERA.

Sirve para toda clase de pescado. Se limpian éstos, se quitan las aletas, se cortan en pedazos, se meten en una

cazuela con yerbas aromáticas, se sazona y se añaden dos tercios de vino blanco, uno de agua y un pedazo de manteca, retirándose del fuego después que hayan dado algunos hervores. Se emperdigan por separado unas cuantas cebollas, setas pequeñas, dos ó tres cucharadas de harina, y se les echa el caldo de los pescados y algunas yemas de huevo para que la salsa quede espesa. Se junta después todo, y se sirve en un plato, adornándolo todo alrededor con cangrejos y rebanadas de pan frito.

**

Soluciones á la charada inserta en el núm. 8 del CORREO, correspondiente al 26 de Febrero, por las señoritas doña Angela Cornelio, de Santander; doña Virginia Anandi, de Zaragoza; doña Sabina Leonill, de Tarragona; doña Benita García, de Valencia; doña Leoncia Torres, de Girona; doña Amalia Sotomayor, de Sevilla; doña Petra Gutierrez, de Córdoba; doña Teófila Santa Lucía, de Barcelona; doña Angela Gomez, de Santander; doña Carolina Sobrado, de Leon; doña Agustina Salces, de Valladolid; doña Teodora Belloch, de Barcelona, y los señores D. Emilio Vicens, de Valencia; D. Vicente Tordera, de Murcia; D. Crispulo Santa Fé, de Valladolid;



LOS OSOS.

D. Ignacio Buschamans, de Barcelona, y D. Justo Gonzalez, de San Sebastian:

Tormenta.

CHARADA.

Prima y segunda

Se tiene en cuenta

En transacciones

De compra y venta.

Pero ¡qué raros

Gustos se encuentran,

En este mundo

De llanto y penas!

Hay, por ejemplo,

Quien en Valencia,

Segunda y prima

Se zampa enteras.

Otros, dos cuatro

De mil maneras,

Fritas ó en salsa

Hallan muy buenas.

Pues de estos gustos,

O sean rarezas,

Y de otras muchas

Que no se mientan,

La tres y cuatro

De este planeta,

Que el hombre habita,

Siempre está llena.

se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos también que antes de cortar los modelos ó patrones, se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfección.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela demás para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----), pues éstas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre él la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuándo el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1873. — Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.